

**Uki Goñi**, *Perón y los alemanes. La verdad sobre el espionaje y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.

Lo primero que puede decirse sobre este libro es que ciertamente representa un paso adelante en la calidad del periodismo de investigación sobre esta difícil área temática, en particular si se lo compara con la desafortunada producción anterior. Goñi ha reunido una cantidad y diversidad impresionante de fuentes, y deriva de ellas un cuadro muy detallado y vivo del nebuloso mundo de los agentes secretos alemanes y sus contactos políticos en la Argentina de la Segunda Guerra Mundial. Figuras como Juan Carlos Goyeneche, Eduardo Aumann y Laserre Már-mol nunca habían recibido un tratamiento tan rico en información.

Por otro lado, si se quiere analizar la obra en términos historiográficos rigurosos, se deben hacer algunas consideraciones críticas. Esto puede parecer extraño a los lectores de la entusiasta reseña de Mark Falcoff, en la que el trabajo de Goñi es presentado como un avance de enorme significación, que habría “refutado” la teoría de Ronald Newton, según la cual se sugería que “mucho de la amenaza nazifascista en la Argentina fue una invención de los servicios de inteligencia británicos”. Si el libro de Goñi hubiese sido capaz de desarrollar la mencionada refutación, sin duda habría significado un vuelco decisivo en la historiografía contemporánea. Pero cabe decir, con total franqueza, que tal logro no puede hallarse en sus doce capítulos. Lo llamativo es que ni el mismo autor pretende tener ese mérito, puesto que se refiere con admiración a la obra de Newton como “el más completo libro sobre la influencia nazi en la Argentina, antes y durante la guerra” (p. 11). Con todo, dejando de lado su estilo hiperbólico, Falcoff acierta en un punto: si la versión de *Perón y los alemanes* responde con precisión a la realidad, deberíamos introducir correcciones y agregados importantes en el consenso general actualmente vigente acerca del tema. Las dos tesis principales de Goñi pueden resumirse de la siguiente manera:

1. La red de espionaje nazi más importante – la “red Bolívar” – habría sido exitosa en la apertura de un “incómodo frente de tormenta” en el patio trasero de Washington, protegida por el gobierno militar argentino y conectada con simpatizantes en Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay.
2. Perón habría establecido relaciones muy estrechas con el servicio de seguridad de las SS, ubicándose en el centro de tal conexión clandestina, entre el gobierno militar argentino y el Tercer Reich (ver pp. 15 y 16).

Existen tres problemas con estas apasionantes tesis. El primero es que ni siquiera el material aportado por Goñi les proporciona apoyo sólido; el segundo, que a menudo es imposible determinar los criterios que el autor usa cuando decide dar especial crédito a tal o cual fuente; el tercero, que no analiza una serie de documentos que conducen a conclusiones diferentes. Ejemplos de todo esto, comenzando por la primera tesis, se dan a continuación.

¿Qué puede decirse de la “red Bolívar”? ¿Realmente fue “una de las más exitosas” organizaciones nazis durante la Segunda Guerra? En este tipo de actividades el éxito normalmente significa obtener información vital para la planificación subsiguiente de una operación militar o política capaz de causar considerable daño al enemigo. Pero Goñi no puede identificar un solo caso en que un importante fracaso aliado haya estado relacionado con esta red alemana. La red sobrevivió durante un tiempo relativamente largo y logró impulsar alguna actividad de contrabando, mientras informaba sobre los avatares políticos argentinos a sus superiores; eso es todo. Newton mostró en su libro que los aliados estaban decodificando el flujo informativo de la red nazi desde julio de 1943, sin asustarse mayormente con lo que leían. En cuanto al peso del contrabando de materiales estratégicos como contribución a la economía del Eje, una unidad de investigación de la Comisión de Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (CEANA) rescató de un reciente estudio del Departamento de Estado norteamericano la conclusión de que todos los países neutrales “excepto la Argentina” hicieron un aporte “sustancial” a la base económica del esfuerzo bélico nazi.

Además, el modo en que Goñi hace algunas breves referencias a otros aspectos de la mencionada red es más bien extraño. Se nos dice que Siegfried Becker, el as del espionaje alemán en la Argentina, entrenó “tropas de asalto” entre 1937 y 1940 para “una esperada acción bélica del Reich en Sudamérica” (p. 76). Pero el libro no informa al lector sobre documentos nazis que den cuenta de esta aventura supuestamente planeada y jamás intentada. ¿Dónde están esas fuentes?

Más adelante, el autor reproduce una comunicación procedente de una unidad de inteligencia norteamericana en Berna, referida a la llegada de “dos aviones alemanes” a Buenos Aires – aparentemente en febrero de 1945 – cargados de “fondos y fugitivos” (p. 222). El lector no puede determinar si Goñi considera que se trata de un hecho comprobado o simplemente uno de los numerosos y nunca confirmados rumores de esos días. ¿No habría sido mejor decir claramente que este último es el caso? Por eso, este reseñador cree que la evaluación global hecha por Newton sigue siendo la mejor documentada: la red alemana de espionaje era “muy vul-

nerable”, incluso frente a “técnicas convencionales” de contrainteligencia; con la única excepción “quizá” del material enviado por contrabando, los “logros alemanes” no fueron proporcionales a los gastos y riesgos personales involucrados.

Veamos ahora la segunda tesis principal: ¿Fue realmente Perón la fuerza impulsora o el actor central en la conexión secreta germano-argentina? Quizá lo fue, pero el material aportado por Goñi, si bien es abundante en lo cuantitativo, resulta muy deficiente en calidad y, por lo tanto, no alcanza para llegar a juicios definitivos. En su densa narrativa se pasa repetidamente de la historia sólidamente documentada a afirmaciones que revelan una desconcertante imprecisión y falta de juicio crítico. Se revisan a continuación seis casos destacados de estas deficiencias.

1. Cuando el autor se refiere a supuestos escritos antisemitas del coronel Perón como miembro del GOU (p. 63), indica una obra del prestigioso historiador Robert Potash como su fuente. Sin embargo, quien se tome el trabajo de consultar a Potash descubrirá que los dos únicos textos (no firmados) que éste considera “muy probablemente” salidos de la pluma de Perón no contienen pasajes antisemitas, mientras que éstos sí aparecen en otro par de documentos anónimos que Potash, entre otros, jamás atribuyó a Perón.
2. Al comenzar el capítulo 7 hay una cita de un supuesto “manifiesto” del GOU, firmado “Juan Perón”, donde “la lucha de Hitler” es invocada como “guía” reconocida por los oficiales argentinos. Goñi parece ignorar el hecho de que tal “documento” no existe en archivo alguno. Sólo tuvo una vida fantasmal en la literatura política de los adversarios de Perón durante la década del ‘50.
3. Un extraño pasaje se refiere a “uniformes estilo Goering” aparentemente usados por Perón, dando así un indicio más de sus inclinaciones pronazis (pp. 122-123). Sin ignorar la influencia germana en el Ejército argentino desde antes de la llegada de Hitler al poder, es fácil comprobar a partir de los cientos de fotografías de la época que Perón usaba el uniforme reglamentario argentino. ¿Debería deducirse del “estilo Goering” de los uniformes argentinos que el Ejército en su totalidad, o su oficialidad, adhería a la figura del jefe de la Luftwaffe, o más generalmente al nazismo? A este último respecto, la historia del Ejército de Potash reveló hace tiempo que los miembros del GOU incluían cuatro grupos diferenciados, incluido uno favorable al Eje.
4. En el famoso caso Hellmuth —un notable fracaso de los servicios secretos nazis en 1943— Goñi menciona una tarjeta que Osmar Hellmuth llevaba cuando cayó en manos del servicio de inteligencia británico, y agrega que “seguramente” ésta estaba firmada por Perón (p. 115). Pero en el mismo párrafo el autor reconoce que nadie ha tenido acceso a esa tarjeta, de manera que el asunto queda reducido a una cuestión de fe.
5. Curiosamente breve es el tratamiento otorgado al famoso *Libro Azul*, publicación del Departamento de Estado norteamericano de 1946, que denunciaba al gobierno militar argentino como cómplice del Tercer Reich. Aquí Goñi sostiene

ne que en la mayoría de los casos las acusaciones eran "ciertas". ¿Por qué no desarrolla un análisis basado en la separación de las acusaciones bien fundadas de aquéllas que se han revelando insostenibles? Esto habría sido muy conveniente, ya que entonces se podría confrontar tal tratamiento con otras contribuciones recientes, como la de Newton.

6. Después de la guerra, el régimen de Perón es presentado de manera totalmente unilateral, incluso reduccionista: toda clase de nazis y fascistas aparentemente ejercieron entonces funciones de alto nivel. El colaboracionista francés Jaime María de Mahieu es presentado como el autor del "texto oficial" de la "doctrina nacional" justicialista. En 1955 cien combatientes de las SS habrían formado una secreta "Legión Alemana" para defender a Perón de sus enemigos (pp. 273 y 284). Es esta una imagen muy distorsionada de la realidad. Mahieu nunca fue más que un excéntrico ideólogo del ala derecha del multifacético movimiento peronista, ignorado por la mayoría de sus adherentes. En cuanto a los escritos, los únicos reconocidos como "oficiales" eran los del propio Perón, y en ellos no se encuentran los tópicos favoritos de la producción de Mahieu, basados en una sociobiología racista. Y sobre la supuesta "Legión", no hay documentación respecto de su existencia efectiva; parece haber sido una propuesta de algunos nostálgicos. Aunque no mencionado por Goñi pero difundido por los revolucionarios de 1955, otro rumor hablaba de supuestos agentes "comunistas" europeos, dispuestos a combatir por Perón. Sin embargo, cuando se produjo el golpe castrense que derribó al régimen, no se advirtieron rastros de los legionarios nazis ni de las milicias "comunistas", debiendo interpretarse tales mitos como expresión de un hecho más difuso: la simpatía por Perón expresada por una parte de la extrema derecha, y al mismo tiempo la existencia de adhesiones provenientes de sectores de la izquierda. En diciembre de 1955 un periodista de *Nation Europa*, órgano principal del neonazismo alemán, circunscribía el apoyo a Perón a los que consideraba sus adherentes de izquierda, condenando al sistema peronista por ser un "sindicalismo izquierdista hebreo".

Si bien ocasionalmente Goñi reconoce que su panorama es incompleto, no parece haber advertido que su libro podría haber mejorado muchísimo si hubiese dedicado unas pocas páginas a confrontar y discutir otras evidencias relevantes del tema, así como reelaborado algunos párrafos, dándoles más precisión analítica. Así como está, se trata de una obra despereja, que agrega algunas interesantes piezas al complicado mosaico constituido por las relaciones germano-argentinas de los años cuarenta. Sin embargo, los perfiles básicos y los motivos dominantes de esa trama, tal como los desplegó el libro de Newton, permanecen firmes. El aporte de Goñi no hace más que introducir ciertos matices.

**Jean Ziegler**, *El oro nazi*, Buenos Aires, Planeta, 1998, 376 páginas.

Aparecido en alemán en 1997 y ampliado un año después, con una posfacio para la edición francesa, la versión del libro de Ziegler publicada en la Argentina incorpora otra adición -un capítulo sobre España, Portugal y la Argentina-, cuya autoría le corresponde a Juan Gasparini, periodista argentino radicado en Suiza. Docente de sociología en la Universidad de Ginebra y consejero nacional (diputado) en la legislatura helvética, Ziegler ha llevado adelante una larguísima batalla, durante un cuarto de siglo, contra la capacidad suiza para eludir las consecuencias de sus propios pecados.

Desde esta perspectiva, el libro es consecuente con trabajos anteriores del mismo autor, entre los que se cuentan otros tres volúmenes sobre Suiza. En particular, Ziegler ha acusado una y otra vez a los célebres bancos de su país de ser fuente de riqueza y también de culpa, por el lavado de dinero sucio. Sin haber sido ajenos a la ocultación de fondos, estas entidades sólo se han abierto a los requerimientos de la magistratura de otros países cuando se han visto entre la espada y la pared.

Ziegler declara haber sido testigo de una demostración de tan nefasta capacidad de ocultamiento el 30 de septiembre de 1996, cuando el parlamento suizo prefirió cancelar una sesión antes que permitir una denuncia pública de los compromisos contraídos por el país con las autoridades nazis. Desde hacía tiempo, los principales diarios alemanes, franceses y anglonorteamericanos venían sosteniendo que los banqueros suizos fueron "receptores clandestinos" de bienes enviados desde la Alemania de Hitler, pero las autoridades federales temían que la legislatura admitiera tal complicidad con el Tercer Reich. Por sobre todas las cosas, ese temor surgía de la tempestad que se desató a fines de 1996 e inicios de 1997: seis investigaciones sobre los bienes sustraídos a las víctimas del nazismo y confiscados o lavados a través de bancos suizos.

Privado de la posibilidad de exponer su posición ante sus colegas parlamentarios, Ziegler decidió demostrar cómo y cuándo sus connacionales banqueros se integraron al ámbito económico de la "gran Alemania", atendiendo su necesidad de toda clase de mercancías hasta abril de 1945. Ziegler decidió subrayar, particularmente, que todo lo sucedido no obedeció al temor provocado por un vecino poderoso e inhumano, sino que fue fruto de la avidez de ciertos banqueros. En 1939, la mera sed de ganancias habría determinado que las cajas fuertes de los bancos suizos acogieran el dinero sucio de los nazis, inaugurando conductos secretos que, desde entonces, serían de utilidad para distintos dictadores y pequeños émulos de Hitler, desde Mobutu hasta Ceaucescu, desde Saddam Hussein a Duvalier, pasando por Suharto y Marcos.

Para Ziegler, el gobierno de Suiza, país formalmente neutral, tenía importantes semejanzas con el régimen de Vichy. La colaboración con el Tercer Reich era muy estrecha; la prensa y la oposición eran acalladas, y el antisemitismo, al menos a nivel gubernamental, era tan fatigoso que los refugiados hebreos que habían sido

detenidos en las fronteras suizas eran abandonados a su suerte en manos de los carniceros nazis.

Por otra parte, enormes intereses económico-financieros estaban en juego. Desde comienzos de 1940, la *Reichsbank* giraba importantes cifras de dinero a la *Banque Nationale Suisse* (BNS), donde poseía una cuenta propia, además de dejar almacenado en los subsuelos de la BNS lingotes de oro descargados de largas filas de camiones. Si el dinero normalmente transferido servía para pagar las importaciones alemanas, burlando vía Suiza el embargo aliado, el oro era el fruto de las expoliaciones en toda Europa. Ziegler calcula que la BNS habría participado en la confiscación de más de 2.000 millones de francos suizos, cifra a la que debería agregarse lo proveniente de transacciones con bancos privados.

En virtud de la magnitud de tales fondos, el trinomio Ernst Weber, Alfred Hirs y Paul Rossy, a la cabeza de la BNS, habría impuesto su posición a toda la nación y, al mismo tiempo, corrompido el alma de todos sus ciudadanos. Seguidamente, los tres se traicionaron mutuamente, demostrando de esa manera que un receptor clandestino no puede confiar en sus propios cómplices. Pero también fueron extremadamente hábiles para hacer desaparecer las pistas de sus propias transacciones. De ahí que, antes del trabajo emprendido por la Comisión Independiente de Historiadores de su país, Ziegler pudiera sostener lo difícil que resultaba saber con exactitud cuánto oro robado pasó por las cajas fuertes de entidades suizas, y sobre todo, cuánto quedó en éstas.

Ziegler documenta las expoliaciones y lavado de oro de la corona belga, como así también aquél perteneciente a las víctimas de los campos de exterminio, y recuerda que el trío y muchos de sus subordinados sabían muy bien cómo había sido recolectado el metal precioso en esos campos. Por otro lado, permitieron que algunos alemanes enviaran a América Latina, esencialmente a la Argentina, sus botines. Estos fueron despachados a través de Suiza, Italia y España, con miras a crear allí las reservas necesarias para retomar su guerra contra la humanidad, luego de la caída del Tercer Reich. Si bien los ejemplos aportados por Ziegler incluyen el caso de Joachim von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores del régimen nazi, y otros menores, el informe del Departamento de Estado norteamericano (preparado por un equipo de historiadores responsables ante el subsecretario Stuart Eizenstat) y los trabajos de la CEANA han demostrado que no existe evidencia seria que permita comprobar tales transferencias de jerarcas nazis, en particular aquellas de Von Ribbentrop, a la Argentina.

A fines de la guerra, los aliados impulsaron la concreción de un pago por parte de los banqueros suizos, dada su complicidad con los nazis, pero los "gnomos" de Berna obtuvieron un descuento excepcional. Por ejemplo, habiéndose beneficiado con la confiscación de oro belga por valor próximo a los 1.000 millones de francos suizos, debieron restituir 250 millones solamente. Con las mutaciones de la temprana posguerra, siempre trataron de ubicarse en la posición más favorable a sus intereses.

Sin lugar a dudas, la obra de Ziegler es un trozo de periodismo, enervado por una ira potente y democrática. Al haber tomado precedencia el político sobre el

académico, sus imprecisiones, distorsiones y omisiones han ido quedando al descubierto en virtud de las investigaciones de, entre otros, la Comisión Independiente de Historiadores suizos y el Departamento de Estado norteamericano. Lamentablemente, la honestidad del autor lo conduce a veces a plantear soluciones un tanto lineales. Por un lado, no es convincente la suposición de que una Suiza depurada de banqueros habría estado mejor dispuesta a tomar parte en una misión de humanitarismo activo y solidaridad. Por otro lado, es poco sensato pensar que después de 1943 tanto dinero permaneció oculto en cajas de seguridad suizas, listo para ser utilizado en la construcción de un Cuarto Reich: los depredadores nazis tenían más en cuenta la supervivencia individual y el mero enriquecimiento, que quiméricos planes fantástico-políticos.

Por último, Gasparini da la impresión de haber contado con menos tiempo que Ziegler para la preparación de su escrito. Aunque bien intencionado, el periodista argentino terminó recurriendo a fuentes sensacionalistas y aquéllas de dudosa confiabilidad, antes que a otras. Esto es particularmente relevante en el caso de la Argentina, donde Gasparini, por ejemplo, ha sido inducido a error por un colega argentino respecto de un agregado en la embajada del Tercer Reich, Johannes von Leers, quien "se habría erigido en enlace directo entre el presidente Juan Domingo Perón y Heinrich Himmler", a pesar de evidencia contundente sobre la llegada de Von Leers a Buenos Aires luego de la caída del Tercer Reich, cuando Himmler ya no existía. Pero la comisión lusitana también le habría puesto el punto sobre más de una de las íes de Gasparini referidas a Portugal.

Matteo Sanfilippo

**Elena Llorente y Martino Rigacci**, *El último nazi: Priebke, de la Argentina a Italia. Juicio a medio siglo de historia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

El episodio más singular en el caso de Erich Priebke, el capitán de las SS condenado por un tribunal italiano en el '97 por las masacres en las Ardeatinas, es el modo en que fue encontrado en la Argentina, a donde el nazi había escapado en 1948. El 6 de mayo de 1994 –escriben Elena Llorente y Martino Rigacci– Priebke vivía cerca de Bariloche; en un reportaje brindado a un periodista americano, éste en un cierto punto le pregunta por la masacre ocurrida cincuenta años antes. El ex SS en un primer momento se sorprende; luego admite haber participado en la masacre del 24 de marzo de 1944 en las cuevas de Tufo en la periferia de Roma, y haber personalmente disparado a dos de las 335 víctimas de la represalia. El día anterior, el 23 de marzo, 33 soldados alemanes habían fallecido en un atentado en la calle Rosella, y Hitler en persona habría ordenado pasar por las armas a diez detenidos políticos italianos por cada alemán muerto (las víctimas de más se explican por el hecho de que hubo cinco prisioneros transportados por error al lugar

de la matanza, los que, de permanecer vivos, se habrían convertido en testigos incómodos).

¿Por qué Priebke acepta responder las preguntas del periodista? ¿Por qué no intenta negar su responsabilidad, demorando quizás el proceso en Italia y la detención que amargarán sus últimos años? Las razones pueden ser varias: el subestimar el riesgo de extradición, las nostalgias de un pasado de guerrero, la presunción de haber sido tácitamente absuelto de la condena a su superior, el coronel Herbert Kappler, quien había dado la orden de matar. Pero paralelamente a estas hipótesis, Llorente y Rigacci nos adelantan una que nos parece más plausible, a la luz de los documentos surgidos en ocasión del proceso de Roma.

Se trata de casi setecientos fascículos relativos a tantos otros actos de violencia ejecutados por los alemanes en Italia después del 8 de septiembre de 1943, que quedaron sepultados en un armario. Representativo fue el episodio de Cefalonia, la isla de la Grecia jónica, en el que estuvieron implicados más de cincuenta mil soldados italianos, gran parte de los cuales se habían rendido. A fines de los años cincuenta, el padre de uno de los caídos reabre la cuestión y el juez militar pide la intervención de la diplomacia italiana para obtener la extradición de los responsables en Alemania. Pero en octubre del '59, el Ministro de Relaciones Exteriores escribe al de Defensa invitándolo a ejercer presiones sobre el magistrado con el objeto de que desista del pedido. La razón es que el proceso reabriría un juicio contencioso a la figura del soldado alemán, en un momento en que Alemania se está rearmando por pedido de la OTAN para tomar el lugar que le corresponde contra el comunismo. Se pide, al fin y al cabo, desistir en nombre de la compacidad de Occidente; por razones semejantes se buscará cubrir a Klaus Barbie, el verdugo de Lyon, y a otros.

También Priebke —según la tesis de los autores— pudo aprovechar la amnistía de hecho decretada en aquellos años en favor de los criminales de guerra. La participación de este capitán nazi en la masacre de las fosas Ardeatinas era, en efecto, notoria para los aliados (y presumiblemente para los italianos) en agosto de 1946, como se desprende de un acta de interrogatorio redactada en el campo de prisioneros de Afragola, cerca de Nápoles, y agregada al apéndice del libro: un documento horroroso, una denuncia que, como tantas otras, quedó sin efecto.

Es interesante la evocación del proceso Priebke realizada por Llorente y Rigacci; lo conocen detalladamente ya que han seguido sus diferentes fases, la primera como corresponsal de la Agencia Ansa en Roma. La simultaneidad de la extradición a Italia de Priebke y la apertura de un expediente por parte del juez Antonio Marini sobre los “desaparecidos” italianos en Argentina, indujo a la prensa a plantear una hipótesis sobre la relación de intercambio entre el gobierno italiano, encargado de procesar al ex nazi, y el gobierno de Menem, que había decidido no volver sobre los crímenes de la dictadura militar. El ministro militar Antonino Intelisano ha negado enérgicamente la relación entre los dos eventos.

Finalmente, algunas palabras sobre “Odessa”. Llorente y Rigacci cuentan que la *Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen*, o bien la red de ayuda a los

nazis en fuga, nació formalmente el 10 de agosto de 1944, nueve meses antes de la capitulación de Alemania, por obra de industriales y jerárquicos del Reich reunidos en un hotel de Estrasburgo. En la reunión, en la que participaron representantes de las SS, se pusieron las bases materiales del éxodo, incluida la financiación a los fugitivos. Sobre "Odessa" han corrido ríos de tinta, pero no nos consta que la existencia de la organización haya sido jamás probada. Ni siquiera Llorente y Rigacci lo aseguran, pero dejan en claro que los nazis escapados gozaron de mucho apoyo y fueron encubiertos, así como se advierte en el caso Priebke la presencia de financistas ocultos. ¿Quiénes? El abogado argentino del ex capitán, Pedro Bianchi, dice haber llegado a Priebke mediante Wilfred von Owen, un "ex" que vive en Buenos Aires. Lugarteniente de Goebbels, von Owen fue defendido por Bianchi en un proceso en el que se intentó negar la existencia de las cámaras de gas, un caso similar al del historiador David Irving, quien sostiene que Auschwitz es una invención para los turistas. Por lo tanto, Bianchi afirma que el contacto con Priebke no tiene nada de clandestino. Admite luego que fue muy bien pagado, pero no dice por quién. En diciembre del '95, cuando Priebke se haya extraditado en Italia, en el mismo hotel romano en que se aloja el abogado se encuentra Heinrich Wirtz, misterioso comerciante alemán, quien declara a los periodistas haber invertido cien mil dólares en la defensa del ex capitán. Wirtz dice actuar por cuenta de "un grupo de amigos", y no tener objetivos políticos; queda la duda acerca de su identidad y de sus eventuales mandantes. En el caso Priebke, el fantasma de "Odessa" se asoma de nuevo, impenetrable e inquietante como siempre.

Giovanni Maria Pace

**Louise London**, *Whitehall and the Jews: British Immigration Policy and the Holocaust*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

Desde que Arthur Morse escribió *While Six Million Died* y David Wyman publicó *Paper Walls*, ambos aparecidos en 1968, varios autores han atacado a los gobiernos de Gran Bretaña y los Estados Unidos de las décadas de 1930 y 1940, por no haber hecho más en favor de las víctimas judías del nazismo. Sostienen que las cuotas inmigratorias no fueron relajadas para ayudar a quienes estaban expuestos a la persecución primero, y al exterminio después, mientras que posibles maniobras bélicas para socorrer a los judíos, como el bombardeo a las líneas férreas que conducían a Auschwitz, jamás fueron consideradas seriamente.

Trabajos más recientes han cuestionado tal argumentación por su ingenuidad, fariseísmo retrospectivo, o mera inexactitud. Por ejemplo, William Rubinstein sugiere en *Myth of Rescue*, aparecido en 1997, que la conducta aliada fue intachable, en particular si se tiene en cuenta que "los intentos de socorro norteamericanos durante el Holocausto eran *ipso facto* imposibles dada la política genocida de los nazis y las propuestas que se hacían, en realidad, por aquel entonces". En cuanto

a la "política internacional sobre refugiados respecto de los judíos de Alemania", sólo puede considerársela como "una de los intentos más liberales, generosos y, por sobre todas las cosas, exitosos de la historia moderna para rescatar a los oprimidos". Ciertamente es que algunos judíos alemanes desestimaron las oportunidades de escape que se les presentaron, por albergar esperanzas de que el nazismo fuera una experiencia pasajera. Y es obvio que las barreras existentes afectaron el ingreso de refugiados judíos, como también tallaron en el caso de "la migración de la mayoría de la gente de gran parte de los países durante la década de 1930". Sin embargo, la mayor parte de quienes buscaron activamente salvarse lo lograron. Empleando el metro patrón de la utopía, el desempeño de británicos y norteamericanos indudablemente puede ser visto como insatisfactorio. A partir de las realidades del momento, empero, unos y otros son sólo merecedores de elogios.

Temas parecidos surgen del trabajo de Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, publicado este año. Novick nos recuerda que hemos leído mucho sobre "el crimen de la indiferencia", y hemos sido alentados a enfurecernos ante los "espectadores, tanto en Estados Unidos como Europa, que continuaron actuando como de costumbre mientras que millones eran asesinados". No obstante, la reflexión revela que esta no es más que una moralina fácil: "Uno de los símbolos más conmovedores de las atrocidades cometidas sin reacción de otros es que más de un millón de niños, las víctimas más inocentes e indefensas siempre y en todo lugar, se contaran entre los devorados por el Holocausto. ¿Cómo podría haber sido uno indiferente a tal cosa? Hoy en día, más de diez veces ese número de niños muere anualmente de resultas de la malnutrición y otros males evitables... Es una curiosa anomalía... que toda la discusión generada por el Holocausto sobre la indiferencia del resto del mundo, y cuán intolerable ella es, raramente, si es que alguna vez, es extendida a tales niños". Y sin embargo, tanto los gobiernos como los individuos pueden fácilmente, y sin arriesgar demasiado, hacer mucho para aliviar tal sufrimiento, en todo caso más de lo que era posible hacer en favor de los atrapados en la Europa nazi.

Tanto Rubinstein como Novick subrayan que en la temprana posguerra los judíos tendieron a idolatrar a Churchill, Roosevelt y sus respectivos gobiernos, no solamente por su papel en la derrota de Hitler, sino también por su política humanitaria respecto de los refugiados. Sólo décadas después estos líderes y gobiernos serían acusados por autores polémicos de ser cómplices de facto en el genocidio. Ello nos lleva a centrar la mirada en el nuevo libro de Louise London. Vale la pena destacar que los dos padres de la autora fueron refugiados judíos de Europa central; llegados a Inglaterra en la década de 1930, estuvieron brevemente internados como extranjeros enemigos en 1940 y, sin embargo, "sólo se muestran agradecidos con el gobierno británico". Ingenuamente, London siempre supuso que "el gobierno había recibido a refugiados judíos con los brazos abiertos y que su aceptación como residentes permanentes había sido automática". Sólo cuando se inició como abogada especializada en asuntos inmigratorios es que comenzó a investigar el trasfondo histórico de las restricciones actuales.

Hoy en día, tanto el laborismo como el conservadurismo británicos están en franca retirada respecto de la obligación de proveer asilo a las víctimas de la persecución, y abunda la retórica populista desagradable sobre el peligro de que el país se vea inundado de falsas solicitudes de asilo y de meros "migrantes económicos". Si bien los paralelos son raramente llevados hasta sus últimas consecuencias, London claramente intenta que su libro sea iluminador, a la vez que ofrece una advertencia de utilidad para el actual debate político.

La autora comienza estableciendo una cruda distinción entre políticas interesadas y la "generosidad" humanitaria. Siempre abunda el sufrimiento en el mundo, y uno podría discutir hasta dónde es correcto o políticamente prudente que los gobiernos sean "generosos", destinando fondos provenientes de la recaudación impositiva a asuntos que carecen del apoyo del electorado. La "generosidad" no es algo que se pueda juzgar significativamente en términos abstractos. Sin embargo, existen en verdad indicios de que la opinión pública de las décadas de 1930 y 1940 adoptó una línea más activamente humanitaria que la de los ministros y funcionarios de la época, pero esto no es algo que se analice con detenimiento en el libro de London. En efecto, este volumen es parte de lo que se conoce como historia diplomática clásica, y ocasionalmente amerita que se le aplique la famosa afirmación humorística de Henry Ford, de que no representa más que lo dicho por un funcionario a otro.

Tales discusiones son tomadas en parte fuera de contexto, lo que tiene sus desventajas. Nos enteramos poco sobre el clima económico imperante, o sobre el avance día a día de la guerra, y cómo uno y otro aspecto se tradujeron en actitudes de los funcionarios de gobierno respecto de cualquier gasto público. Sólo por momentos se vislumbran las más amplias luchas de poder entre distintos ministerios, así como se ofrecen escasas comparaciones con las respuestas frente a otras crisis humanitarias u otros grupos menesterosos, a pesar de tener el libro una sección dedicada a los refugiados de la Guerra Civil española. Con acierto, London nos advierte que el tratamiento del tema por autores anteriores "no pone suficiente acento sobre la percepción del problema judío por parte del gobierno británico. Ese acento está en el centro de los estudios de tales autores, pero ellos evitan señalar que no era la principal preocupación del gobierno británico". No debemos olvidar la distinción entre "la centralidad de la experiencia judía para los judíos y su relativa insignificancia para el resto de la humanidad". Si bien la autora evita toda sugerencia explícita sobre los ingentes esfuerzos de los funcionarios por impedir el arribo de judíos a las costas británicas y, a menudo en otras secciones del libro, adopta fuertes tonos de denuncia, su enfoque es relativamente estrecho.

También existe, sin embargo, un costado bastante más positivo. Al enfatizar los detalles de los debates en Whitehall sobre la actitud a adoptar frente a los judíos, London logra arrojar luz no sólo sobre lo que los funcionarios daban por sentado de antemano, sino sobre lo que sucedía cuando distintos funcionarios proponían diferentes iniciativas. Por ejemplo, en el curso de una discusión entre un importante funcionario del Tesoro y una de sus contrapartes en el Departamento de

Refugiados, en la que el primero sugería que se le permitiera a los judíos quedarse en Gran Bretaña luego de la guerra, termina diciendo, “por supuesto, expreso tal esperanza como ser humano, y no como funcionario de la Tesorería”. Al hacernos leer tales alegatos, toda vez que la opción “egoísta” se impone sobre la “humanitaria”, London se permite (y nos permite) efectuar juicios morales legítimos, a sabiendas de que esta no es la fácil conciencia exagerada del virtuosismo propio aplicada retrospectivamente por el estudioso de sillón. El tono de la autora es juicioso y el contenido del volumen incluye reevaluaciones positivas de personas tales como el primer ministro, Sir Neville Chamberlain, y Sir Herbert Emerson (director del Comité Intergubernamental de Refugiados). A pesar de esa serenidad, este es un libro doloroso.

Si bien el gobierno siguió enorgulleciéndose de tradiciones de asilo del pasado, la Primera Guerra trajo aparejado el fin de la inmigración masiva a Gran Bretaña. Para el año 1930, el subsecretario del Interior podía afirmar que la inmigración “en el sentido corriente del término” no estaba permitida. Sin embargo, cuando los nazis llegaron al poder en 1933, se logró un acuerdo que contemplaba más arribos, siempre que las instituciones judías pudiesen aportar las garantías financieras necesarias. Los beneficios potenciales debían haber sido rápidamente percibidos. Una baja tasa de enrolamiento universitario había dejado a Gran Bretaña con una cantidad inadecuada de dentistas, y la afluencia de alemanes (cuyos estudios universitarios eran reconocidos) incrementó su número. “Cuando usted tiene un dolor de muela”, señaló el ministro del Interior, “es increíble cuan poco le importa ser asistido por judíos o gentiles”. Pronto, sin embargo, las asociaciones profesionales protestaron para asegurarse de que las puertas se cerrasen nuevamente. En contraste, el servicio doméstico, que las mujeres británicas consideraban como opresivo, aportó un nicho para aquellas refugiadas deseosas de lograr una admisión sin problemas.

Este sistema, o ausencia del mismo, tuvo vigencia por espacio de un lustro. El *Anschluss* de 1938 desembocó en una política más restrictiva, a medida que se reintrodujo la necesidad de obtener visados para entrar a Gran Bretaña. Se admitía en voz baja, aunque nunca públicamente, que aquellos refugiados que ya se encontraban en el país serían absorbidos, aunque ello se combinaba con planes para impedir la llegada de otros. Las instituciones asistenciales actuaban como intermediarios, evitándole a los funcionarios la tarea de leer la masa de correspondencia desgarradora de aquellos sujetos a la persecución. Cuando la conferencia de Evian creó un Comité Intergubernamental de Refugiados, los británicos lo usaron para mejorar sus relaciones con los Estados Unidos, y para presionar a otros países para que participasen en el socorro de refugiados. Sin embargo, el Foreign Office también estaba determinado a “mostrarle al gobierno alemán —y a otros espectadores interesados, en particular a Polonia y Rumania— que el Reino Unido no se prestaría a ser chantajeado para admitir a judíos desposeídos de otros países. La prioridad no era ayudar a los refugiados. Se trataba de forzar a Alemania, y a otros gobiernos deseosos de deshacerse de sus judíos, a ajustarse a reglas de jue-

go de aceptación internacional". Retrospectivamente, esa expectativa demostró ser infundada, tal como lo fueron los esfuerzos de Chamberlain en Munich.

El período que media entre la *Kristallnacht* de noviembre de 1938 y el comienzo de la guerra estuvo aún más cargado de consecuencias. Las instituciones que se ocupaban de los refugiados estaban principalmente preocupadas por ayudar a judíos de filiación religiosa, mientras que un deseo de excluir a los discapacitados mentales, y la diversidad de actitudes frente a judíos y enemigos políticos del régimen nazi (estos últimos percibidos en aquel entonces como sujetos a peligros más inmediatos), determinó que las iniciativas de socorro se segmentasen según el trasfondo religioso, nacional, de salud, y político de sus beneficiarios potenciales. En ocasión de la crisis checoslovaca, los alemanes de los sudetes y los así llamados viejos alemanes del Reich obtuvieron tratamiento prioritario por sobre los judíos; los canadienses, por ejemplo, se mostraron reticentes a aceptar más que un puñado de judíos "siempre que fuesen del tipo 'no ritualista'" y no fueran comunistas. Durante el breve periodo post-Munich, cuando los británicos trataron de apuntalar el frágil Estado checoslovaco, adjudicaron 4 millones de libras esterlinas al afincamiento de refugiados en el país. Lamentablemente, pronto aparecieron "señales preocupantes de que, escasos de recursos, los checos sólo esperaban echarle mano a tales fondos británicos antes de sancionar medidas antijudías. Gran Bretaña no deseaba que el dinero se empleara para financiar el ingreso de refugiados al Reino Unido pero, con el transcurrir del tiempo, este fue percibido como un medio para tal fin."

Con el inicio de la guerra, todos los proyectos humanitarios fueron subordinados a las necesidades directas del esfuerzo nacional, si bien "funcionarios y ministros se convirtieron en elocuentes defensores del argumento de que cualquiera fuera el resultado deseado por ellos, éste sería beneficioso para el esfuerzo bélico". Es así como fue posible rescatar una cantidad de maquinas herramienta y diamantes de Bélgica, junto con ciertos diamanteros prominentes, si bien algunos de esos comerciantes llegaron con los bolsillos repletos de piedras preciosas que declaraban invendibles, tornando muy dificultosa la evaluación de sus bienes, que debían hacer funcionarios del Assistance Board. London recurre a las memorias del general Sir Edward Spears para describir la horrible escena de judíos desesperados por obtener plazas a bordo de naves que abandonarían Francia -luego de la caída de ese país-, muchos de los cuales fracasaron en el intento. A pesar de la simpatía que profesa por ellos, Sir Edward menciona con horrible ligereza a "dos gordos fofos a los que conocía, que describí para [el embajador] Campbell como parecidos a una crema de vainilla perseguida por un festín dominical".

Y es así que llegamos a los principales años del exterminio. London subraya el debate entre funcionarios gubernamentales, las continuas discusiones sobre lo que era posible en términos realistas. No obstante, el cuadro es escasamente edificante. Leemos sobre sofisticados ardidés para justificar la inactividad y para reasegurar al público sin hacer nada. Los británicos estaban determinados a cerrar por adelantado la posibilidad poco realista de que los nazis les "ofreciesen" refu-

giados para ser rescatados. En la conferencia de Bermuda, en gran parte “una fachada para [resguardar] la inactividad”, los aliados buscaron salvaguardar la posibilidad de “excluir a todo aquel que desearan”, si bien estadounidenses y británicos competían por obtener reconocimiento para sus limitados esfuerzos. Pero hasta funcionarios norteamericanos de carácter severo se sintieron horrorizados ante sus contrapartes de Gran Bretaña, que hablaban abiertamente sobre “la dificultad de ubicar a un gran número de judíos, de ser estos rescatados”.

Es un tema recurrente del análisis de London que la vaguedad y el secreto del proceso de decisión británico brindaba amplios poderes discrecionales a algunos funcionarios, dejando en la oscuridad a los activistas y defensores de los refugiados. Cuando las restricciones a los profesionales fueron eliminadas, bastante después de finalizada la guerra, el Ministerio del Interior encontró buenas razones políticas para evitar difundir la noticia, reteniéndose así “controles [de facto] sobre refugiados médicos y de profesiones vinculadas a la medicina por largo tiempo, cuando ya no eran legales”. Se trataba de gente que, casi con certeza, había sobrevivido al terror nazi gracias al esfuerzo británico y su intensa gratitud es comprensible, pero la arbitraria hipocresía respecto de éstos por parte de funcionarios británicos aún deja un mal sabor de boca. Y mientras que otros inmigrantes (algunos de ellos con antecedentes indeseables) fueron intensamente requeridos en la temprana posguerra, se restringía en gran medida la afluencia de judíos.

Louise London ha congregado la evidencia necesaria para construir una argumentación sensata, desprovista de estridencias moralistas o de un relativismo fácil. Su libro no es la última palabra sobre las actitudes británicas frente a la política inmigratoria y racial, pero seguramente tendrá un lugar en la autorreflexión nacional y en algunas controversias actuales.

Matthew J. Reisz



## Ciclos

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos **Latbook** (libros y revistas)

Disponible en INTERNET  
en la siguiente dirección:

<http://www.latbook.com>